





El edificio fantasma

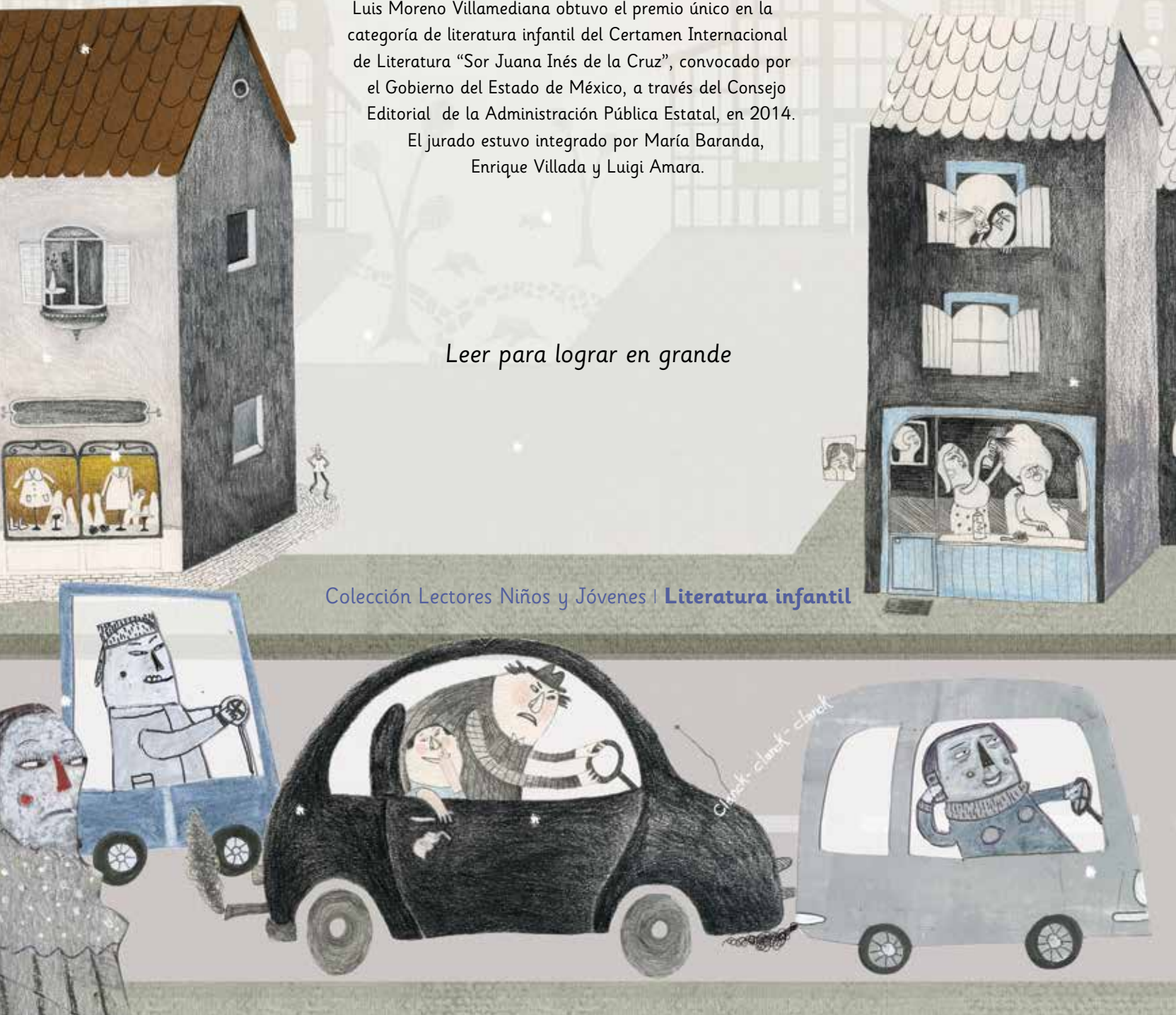


Luis Moreno Villamediana obtuvo el premio único en la categoría de literatura infantil del Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2014.

El jurado estuvo integrado por María Baranda, Enrique Villada y Luigi Amara.

Leer para lograr en grande

Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**



El edificio fantasma

Luis Moreno Villamediana

Ilustraciones: Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas



foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MEXICO

tip-tup tip-tup tip-tup



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga,
Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres,
Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

El edificio fantasma

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno
del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Luis Moreno Villamediana, por texto
© Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-403-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública
Estatal CE: 205/01/34/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier
medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de
México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

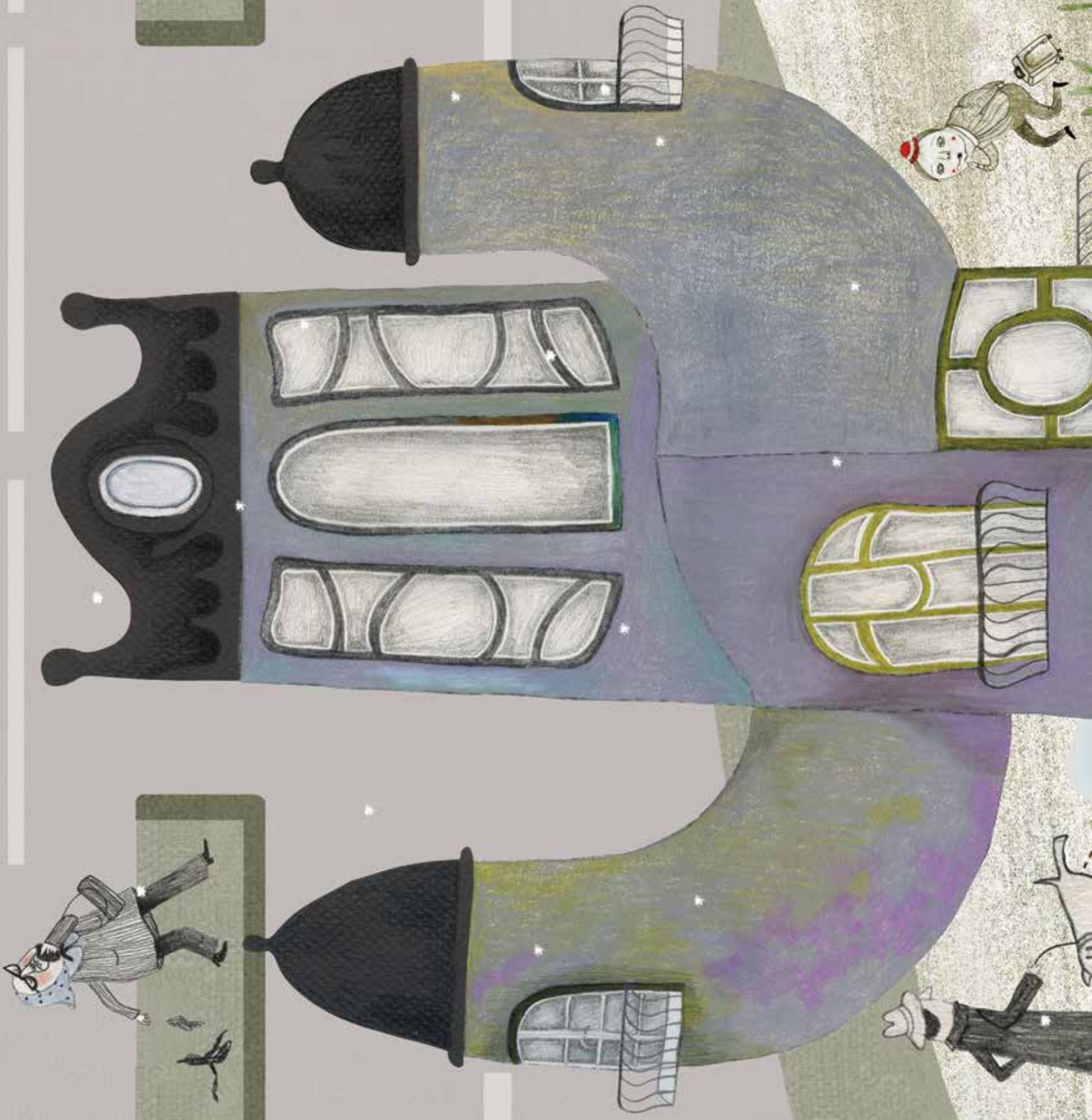








Beide





El edificio estaba en la colina
cerca de un árbol alto de gran sombra
y flores azules.

Lo rodeaba el vuelo de pájaros con las alas de oro
que hacían ruidos como bisagras
viejas.

Lo había diseñado un hombre de bigotes,
Lisandro Fantasma,
arquitecto muy serio.



En esa época, hacía más frío.
La grama pasaba mucho tiempo convertida en hielo,
en el lago los niños patinaban sin hundirse,
las tiendas de abrigos eran prósperas.
Para no estar temblando el día entero,





la gente del edificio cerraba con cuidado las ventanas,
tapaba las cerraduras con toallas de colores
y dejaba el fogón encendido, con brasas.

Los vecinos se dormían temprano para ahorrar energía
y acostados se protegían con suéteres, cobijas, cortinas muy gruesas
y colchas de plumas de pavo.

Sólo el viento se escuchaba en la noche,
como si un gigante soplara desde afuera.

Yo visitaba a los vecinos de mañana o de tarde.

Yo era el conserje, sí.

En el primer piso vivía la familia Fantasma,
los herederos del hombre de bigotes
que dibujó la obra.

Tenían pocos muebles, para no tropezarse.



Eran los padres y cinco hijos varones.

En realidad no estaban muertos

(quién sabe si aún estaban vivos).

Tenían la piel muy clara, como de pez de río.

Eran como las láminas de los rayos X:

puestos al sol se les veían los huesos.

Por suerte para ellos,

las nubes tenían más fuerza en la colina

y cubrían la luz solar con vapor acolchado.

Cuando nos reuníamos, yo encendía una linterna

para diferenciar a la señora del señor,

a Aníbal de Adolfo, a Astolfo de Abelardo y de Ahmad.

En esas circunstancias,

tomábamos té verde y contábamos relatos de horror.

Únicamente a mí se me paraban los pelos de miedo







o únicamente a mí se me notaba.

A ellos se les veían apenas pelusitas blancas

fosforescentes

por encima del cráneo.

La pasábamos bien hablando de los zombis,

los hombres-lobo

y los vampiros y los resucitados.

En el segundo piso vivía yo

junto al minúsculo cuarto de limpieza.

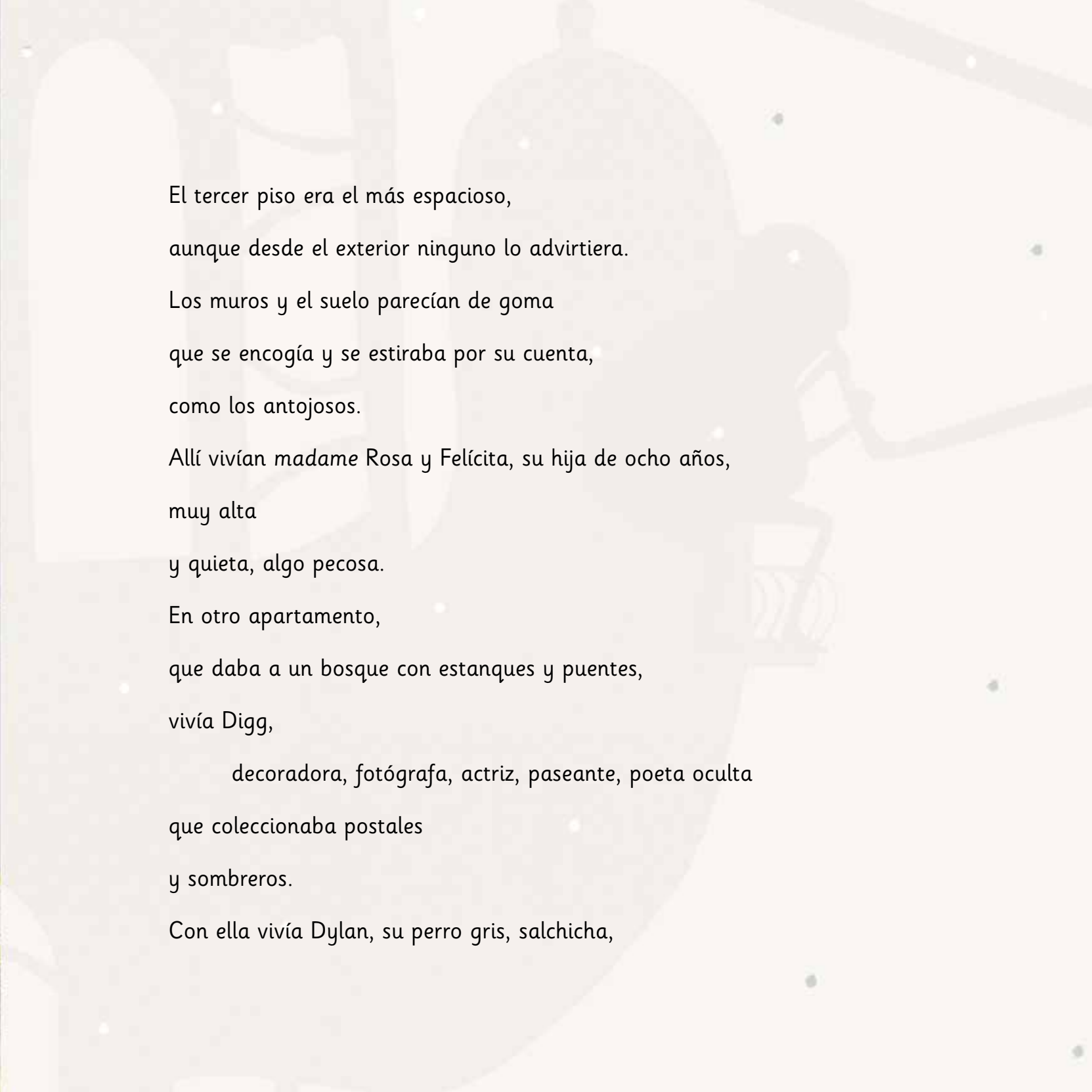
Si estaba solo, hablaba con la escoba o el lampazo o el tobo.

Intercambiábamos opiniones sobre el clima

y alguno que otro chisme.







El tercer piso era el más espacioso,
aunque desde el exterior ninguno lo advirtiera.

Los muros y el suelo parecían de goma
que se encogía y se estiraba por su cuenta,
como los antojosos.

Allí vivían *madame* Rosa y Felícita, su hija de ocho años,
muy alta
y quieta, algo pecosa.

En otro apartamento,
que daba a un bosque con estanques y puentes,
vivía Digg,

decoradora, fotógrafa, actriz, paseante, poeta oculta
que coleccionaba postales
y sombreros.

Con ella vivía Dylan, su perro gris, salchicha,

que tocaba ukelele, pero nomás sabía
una sola canción hawaiana.

Digg hacía té por las tardes en una gran tetera de porcelana verde
que heredó de su abuela.


Prefería el té rojo,
que bebía sentada en una mecedora
mirando los pájaros que planeaban despacio
entre las frondas.

En la sala tenía afiches de películas mudas
que usaba de modelos para decorar el resto de los cuartos.

Y otro apartamento lo ocupaba un viejo coronel parlanchín
a quien le faltaba un ojo
y le sobraban narraciones de guerra.

Con su monóculo espiaba a sus vecinas
de piso.



The background features a light-colored wall with a window frame on the right side, showing several panes. On the left, there is a wooden handle or part of a door, rendered in a simple, sketchy style. The overall aesthetic is that of a children's book illustration.

Pero *madame Rosa* y *Felícita* no le hacían daño a nadie,
oían *La Marsellesa* con el volumen bajo,
preparaban almuerzos para salir a venderlos al mercado,
escuchaban una radio francesa porque *madame Rosa* nació
en la primavera, en París,

cuarenta años antes

y sentía nostalgia por las cosas de allá.

Felícita era linda

y muy buena estudiante.

Tal vez el coronel alguna vez la vio volar sin trucos,
aunque *Felícita* volaba solamente en su cuarto
con las persianas bajas y el bombillo apagado,
como un ángel humilde.

Lo sé porque ella misma me lo dijo en secreto



delante de un helado de coco.

(Somos buenos amigos.)

Digg, por su parte, bailaba con la música que hacían las esponjas
al chocar en la cocina con los vasos
y las ollas de peltre.

Quién sabe qué habrá pensado el coronel si llegó a verla en eso.

El alcalde de la ciudad quiso llevar más gente a ocupar ese piso,
dadas las dimensiones,
pero apenas se mudaron dos familias distintas
se redujo el espacio,
sin rechinar se acercaron las paredes
y el techo se contrajo hasta llegar a sólo metro y medio
del suelo.



Los nuevos habitantes y también los antiguos
quedaron apretados, tristes, cabizbajos,
como sardinas en latas.

Aquella situación resultó insoportable.

El alcalde no tuvo más remedio que deshacer la orden de mudanza
y quedaron nuevamente solos madame Rosa y su hija,
la poeta oculta Digg, con Dylan,
y el coronel espía.

El tercer piso recobró su tamaño misterioso
de carabela casi despoblada.





En el cuarto y el quinto vivían los inmigrantes:
chinos, rusos, haitianos,
surafricanos y guatemaltecos,
finlandeses, tasmanos y españoles
y coreanos del sur.



Todos ellos llegaron a este lado del mundo
a practicar ciclismo como profesionales.

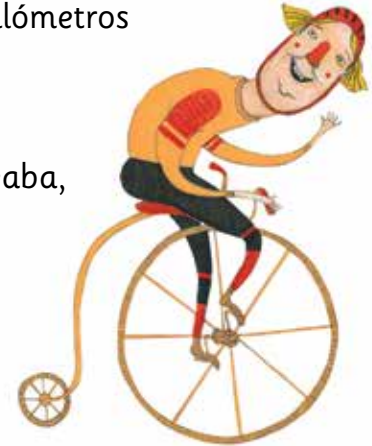


Las bicicletas allí eran exclusivas:

con poco esfuerzo de las piernas recorrían como veinte kilómetros
en dos o tres minutos.

Si el atleta aprendía a mover los hombros cuando pedaleaba,
podía deslizarse sobre el agua

sin problemas.



Los ciclistas de nuestro edificio

practicaban en el estanque congelado sin miedo a resbalarse.





Cuando terminaban, veía uno sobre el hielo
el mapa del país de cada deportista
bien trazado, en colores.



Ni se daban cuenta ellos:
pedaleaban tranquilamente sobre la costra helada,
de un lado a otro, sin descanso,
y al final de la sesión de entrenamiento
los observadores descubríamos el atlas
de rayas verdes, azules, blancas, rojas,
según la nacionalidad de cada uno.



Muchas veces el mapa de Haití extrañamente relució en amarillo,
como los trigos,
como los canarios.

Terminaba por ser mi mapa favorito.





Lo mejor de esos pisos finales de nuestro edificio
era que los vecinos conversaban en sus distintas lenguas
sin dejar de entenderse.

Quizá las lámparas o los lavamanos conocían cada idioma del mundo
y traducían el eco.

Era un milagro interno:

no ocurría en el primero ni en el segundo piso.

Tampoco en el tercero,
por raro que éste fuera.

Cuando yo entraba al universo de aquellos inmigrantes,
me convertía en políglota, sin serlo.

No porque hablara otras lenguas,
sino porque entendía otras lenguas,
incluso las que nombran las máquinas
extrañas,



los animales imposibles, de siete patas
y de dos cabezas,
el pasado y el porvenir de las islas remotas.

Todo nos iba bien
y entonces cambió el clima.





Recuerdo que se derritió el estanque,
igual que el cielo,
que antes era un iglú
benigno, como con chimenea y
chocolate caliente.



Ya no se pudo patinar
ni volar cometas, pues se precipitaba
todo

como agua muy fría,
hasta los pájaros rosados.

No era lluvia normal, con líneas verticales y húmedas
que hacen hoyos diminutos para las hormigas
y pozos más hondos para las serpientes
sin veneno.

Más bien se anegaban los terrenos baldíos,



los estacionamientos,
los sombreros de los jubilados,
las espaldas de quienes dormían en los bancos de plazas
con pedacitos de hielo sin forma.
Si llegaban a caer sobre alguien distraído,
podía dolerle el golpe.

Eran perlas diminutas de nieve que ya no deseaban
ser nieve nunca más.

Los ciclistas podían seguir practicando
porque usaban bicicletas especiales,
espléndidas

y movían los hombros diestramente.

Pero los otros comenzamos a usar botes de remo
y remos,





por supuesto,
para movernos del edificio a los supermercados,
a las escuelas,

a los bulevares donde había cafés con mesitas en la acera,
al hospital más grande,
a las tiendas que vendían cocodrilos,
conejos,
comadrejas.

Avanzábamos demasiado despacio,
tanto así que no se nos movía el cabello con el viento
ni provocábamos oleaje.

En la planta baja de nuestro edificio
caminábamos con el agua a la cintura, sin botas.
El vestíbulo parecía un acuario, y las cartas y sobres
que se salían de los buzones del correo







hacían el rol de peces blancos,
amarillos,
marrones
y se sumergían por poco tiempo, porque poco pesaban.

De inmediato seguían flotando en la superficie
de aquel pequeño océano.

Lo muebles allí bogaban como transatlánticos llenos de turistas.

Felícita jugó un par de veces a que el sofá verdoso
de flores color púrpura
era un crucero que chocaba con un iceberg-sillón
pero sobrevivía.

Madame Rosa se sentía más triste que el resto,
pues contaba que pensaba muchísimo en París,



la ciudad inundada, ¡ay!, por el río Sena
en 1910.

En aquella época la gente se desplazaba caminando por tablas
que iban de esquina a esquina,
como puentes larguísimos que cubrían todos los callejones
y comercios,

nos decía *madame Rosa* llorando.

Ella no había nacido aún, pero sí le dolía.

Cómo le dolía, nos decía sin cansarse.

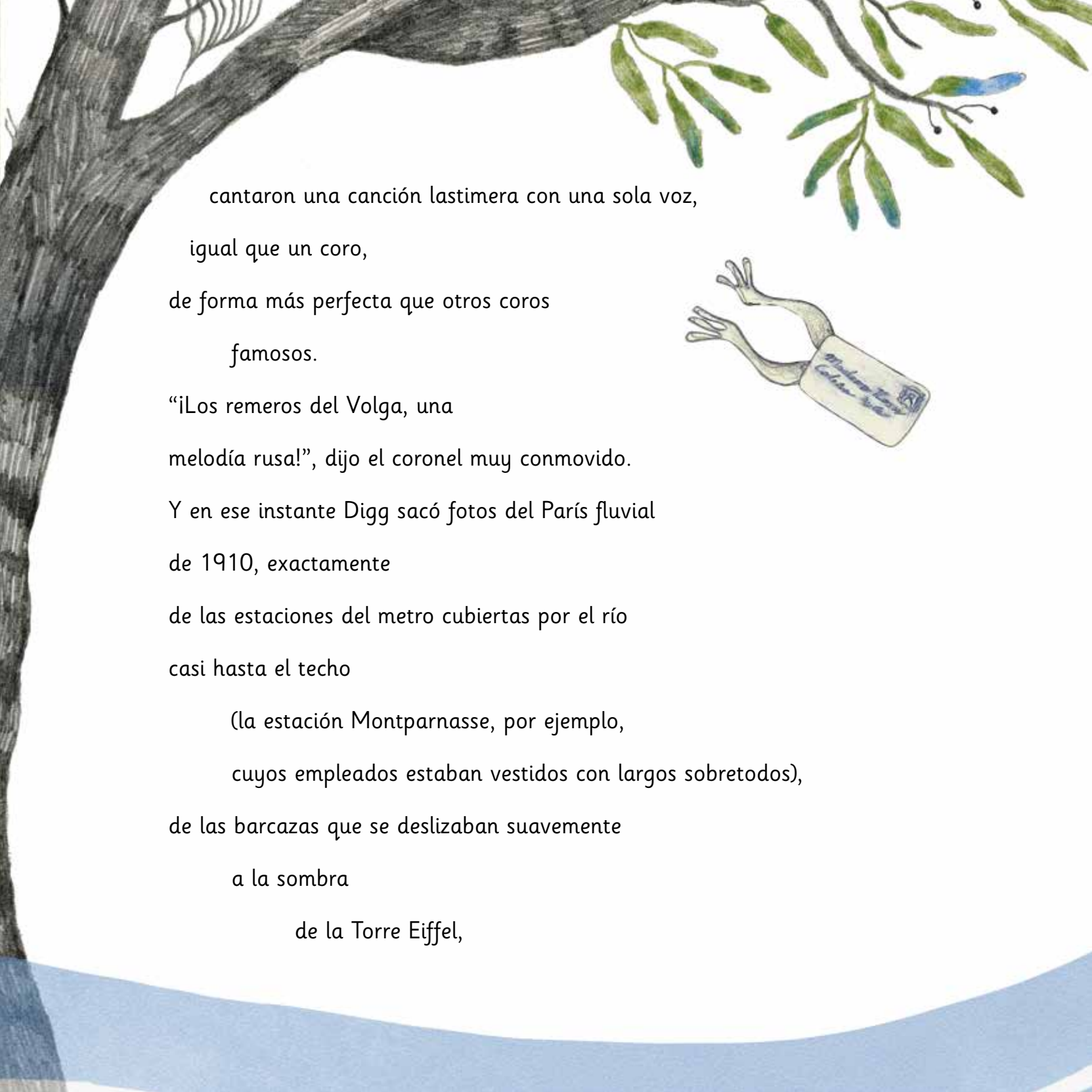
La familia Fantasma se puso pálida del susto,
pero nadie fue capaz de darse cuenta.

¿Cómo descubre uno que la piel muy blanca y transparente
se hace más blanca aún?

Aníbal, Adolfo, Astolfo, Abelardo y Ahmad







cantaron una canción lastimera con una sola voz,
igual que un coro,
de forma más perfecta que otros coros
famosos.

“¡Los remeros del Volga, una
melodía rusa!”, dijo el coronel muy conmovido.
Y en ese instante Digg sacó fotos del París fluvial
de 1910, exactamente
de las estaciones del metro cubiertas por el río
casi hasta el techo

(la estación Montparnasse, por ejemplo,
cuyos empleados estaban vestidos con largos sobretodos),
de las barcazas que se deslizaban suavemente
a la sombra
de la Torre Eiffel,



de un bulevar con libros que nadaban tranquilos
como delfines de papel.

“Ésta es muy buena, pero es de otro año,
de una crecida distinta
en 1924.

La foto la tomó Henri Manuel

Fíjense en la silla,
en la silla,
en la silla,
en la silla,
en la silla;
en el hombre que estira el brazo izquierdo
para hacer equilibrio
y sostiene en la mano el sombrero;







en la primera mujer de la fila, a la izquierda del árbol;
en los paraguas grises,
en los más grises, en los menos grises”.

La foto era chiquita como un hongo y la vimos
con lupa.

Era otro método: silla tras silla tras silla tras silla tras silla,
en vez de tabla
tras tabla
tras tabla
tras tabla

tras tabla.

Los remeros del Volga continuaron remando con sus voces
y Felícita sonrió discretamente,
como sonreía a solas, cuando sola volaba.

Dylan tocó en el ukelele con maestría de buen perro,






una vez,
otra vez,
otra vez,
otra vez,
su canción hawaiana.



Fueron los ciclistas quienes nos explicaron que el cielo se cayó
(hielo hecho agua)
por el humo de las fábricas y por los aerosoles,
la contaminación

(la caspa,
el mal aliento,
dijo un tasmano en broma
y todos le entendimos)





la gasolina, los basureros y los fertilizantes

y,

en fin,

la pérdida de bosques.

“En general, gases de invernadero”,

dijeron los Fantasma.

¿Sería muy tarde para sacar del lugar que habitábamos

las fábricas, la contaminación, los aerosoles,

la caspa, el mal aliento,

la gasolina, los desechos y los fertilizantes

y,

en fin,

todos los gases del invierno?

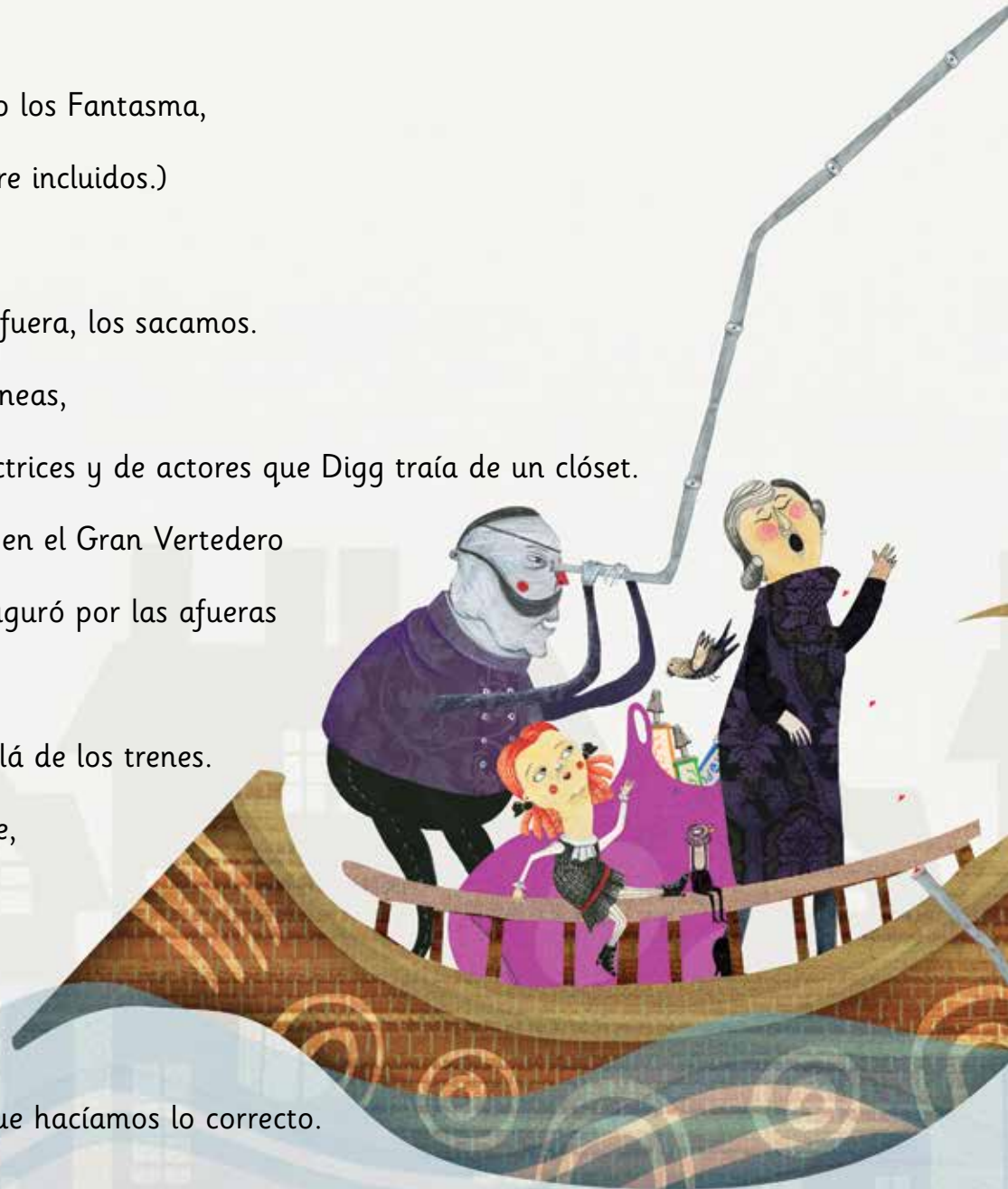
(“¡Gases de invernadero!”)

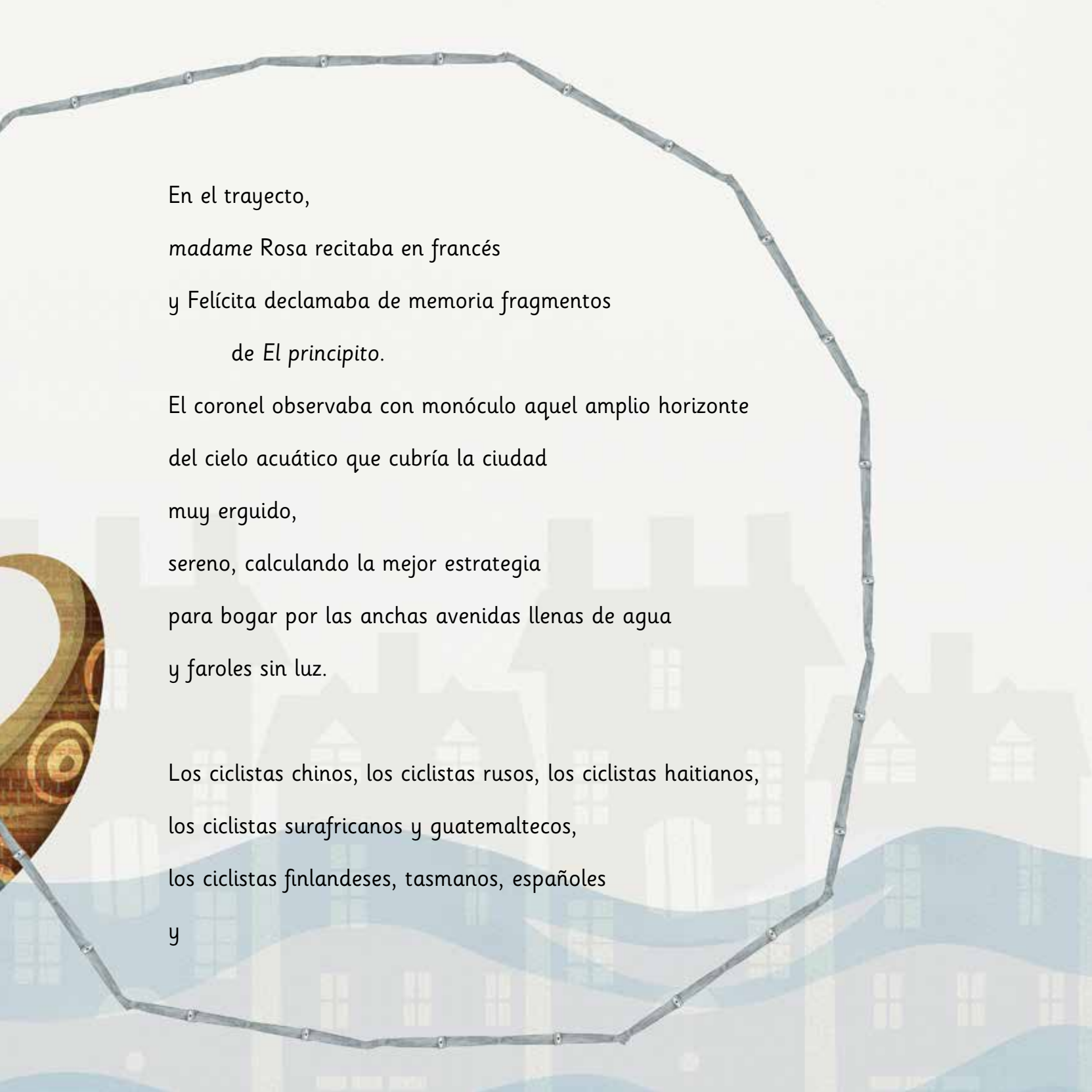


dijeron a coro los Fantasma,
padre y madre incluidos.)

Por muy tarde que fuera, los sacamos.
Donde había chimeneas,
pusimos fotos de actrices y de actores que Digg traía de un clóset.
Botamos la basura en el Gran Vertedero
que la alcaldía inauguró por las afueras
de la ciudad,
más allá de los trenes.

Llegábamos en bote,
cansados
(felices,
sin embargo)
porque sabíamos que hacíamos lo correcto.





En el trayecto,
madame Rosa recitaba en francés
y Felícita declamaba de memoria fragmentos
de *El principito*.

El coronel observaba con monóculo aquel amplio horizonte
del cielo acuático que cubría la ciudad
muy erguido,
sereno, calculando la mejor estrategia
para bogar por las anchas avenidas llenas de agua
y faroles sin luz.

Los ciclistas chinos, los ciclistas rusos, los ciclistas haitianos,
los ciclistas surafricanos y guatemaltecos,
los ciclistas finlandeses, tasmanos, españoles
y





los ciclistas coreanos

iban más rápido que el resto, obviamente,

porque movían los hombros de un modo especial

sobre sus bicicletas de grafito.

Ellos se deshicieron de cada lata de aerosol hallada en las despensas
del edificio.

La familia Fantasma seguía clara, transparente, pero cómo sudaron.

Digg cargaba bolsas repletas de gas de invernadero

(nadie supo qué hizo

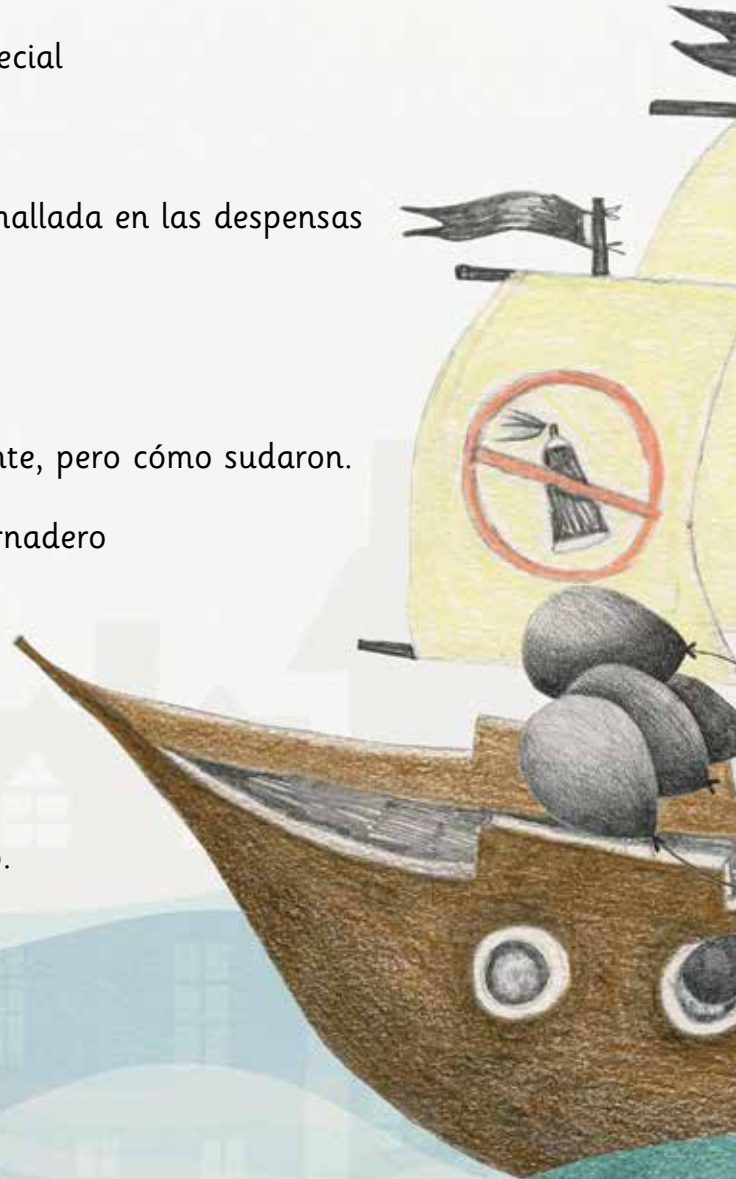
para poder guardarlo ahí)

en un galeón que alquiló

en un estudio de cine donde había trabajado.

Ella era capitana y Dylan,

marinero.



Nadie supo tampoco cómo impulsaban ambos,
sin ayuda,
aquella enorme embarcación.

Mágicas cosas de Digg.

¡Qué buen trabajo de limpieza hicimos!

Con los días, sin embargo, pudimos darnos cuenta
de que el agua subía

poco a poco.

Tal vez el resto de la gente en la ciudad
no ayudó con la basura,
ni con los aerosoles, ni
las chimeneas.

Si no cooperaban, seguiríamos viendo caer
el cielo





sobre nuestras
cabezas.

Digg sacó paraguas para todos.

Dylan tocó por un buen rato el ukelele.

Madame Rosa cantó unos trozos de ópera.

Felícita voló en su cuarto, sola.

La familia Fantasma contó temblando historias de horror.

El coronel dejó de recibir correspondencia.

Los ciclistas siguieron practicando, pero tristes.

Yo le dije a una escoba que estaba preocupado.

Por la noche resultaba imposible dormirnos
y desde lejos se veía el edificio con todas
las luces encendidas.



Nada bueno, es verdad.

Esos excesos de electricidad derretían más el cielo.

Entonces nos quedábamos despiertos
con todos los bombillos
apagados.

En las camas apenas nos movíamos
para respirar, para cambiar de lado, para estirar las piernas.
Así evitábamos producir más gases riesgosos.

Nada más se escuchaba el agua fuera,
golpeando las cosas a su paso,
y el agua de los tubos,
hacia arriba, hacia abajo.

Una noche de enero estábamos despiertos,
como siempre,



y cada quien en su cama se agitó, dio un salto brusco o se mareó acostado
porque el edificio comenzó a moverse
con violencia
por su cuenta, sin ayuda de nadie.

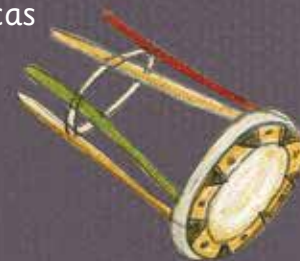
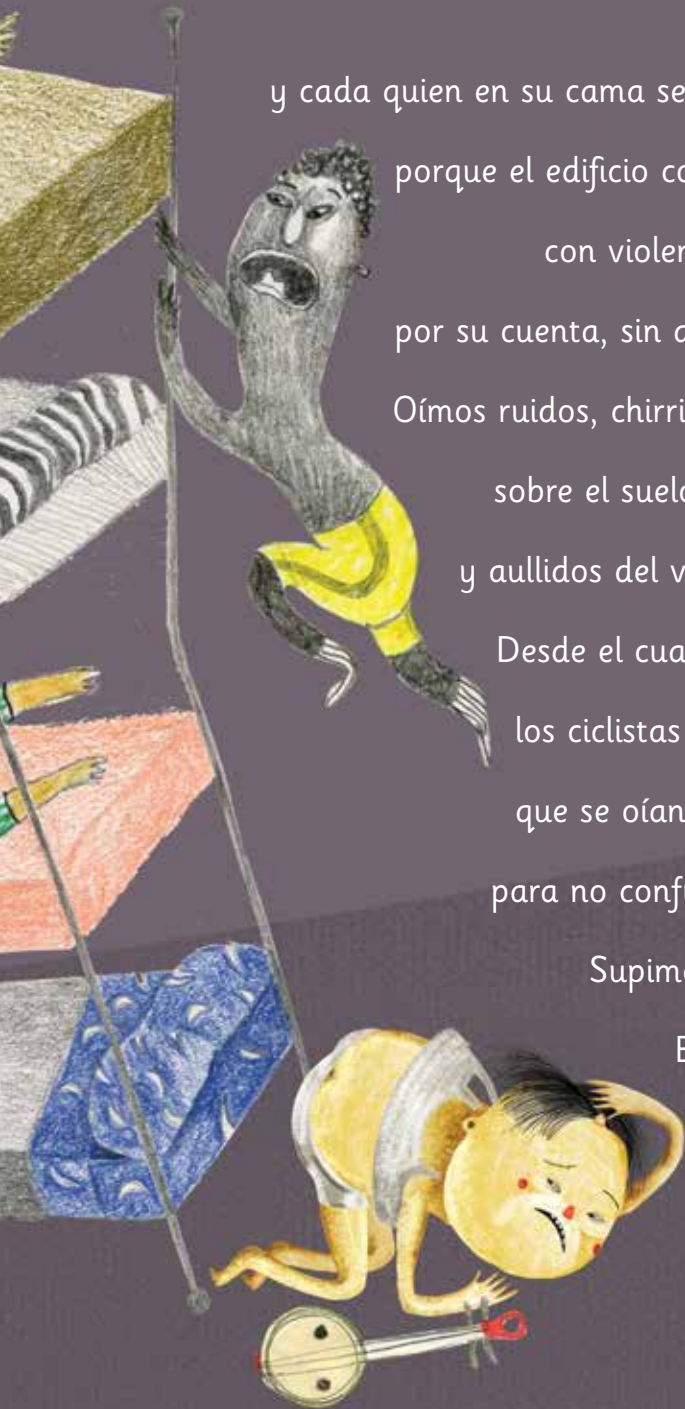
Oímos ruidos, chirridos, golpes de puertas, objetos que caían
sobre el suelo
y aullidos del viento en las ventanas.

Desde el cuarto y quinto pisos,
los ciclistas dieron voces de alarma en lenguas diferentes
que se oían como un orfeón que traducía las oraciones
para no confundir a la audiencia.

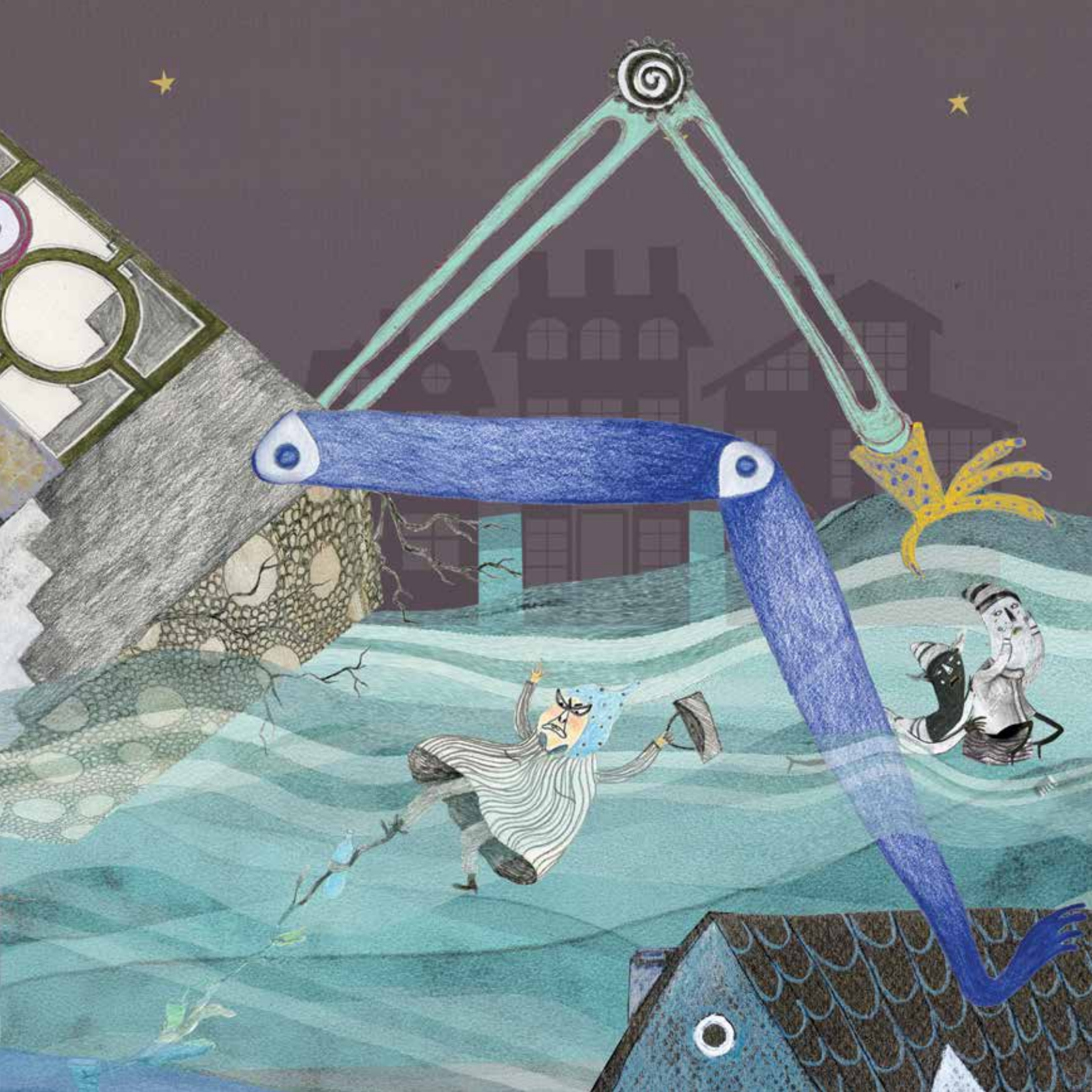
Supimos que estaban alarmados.

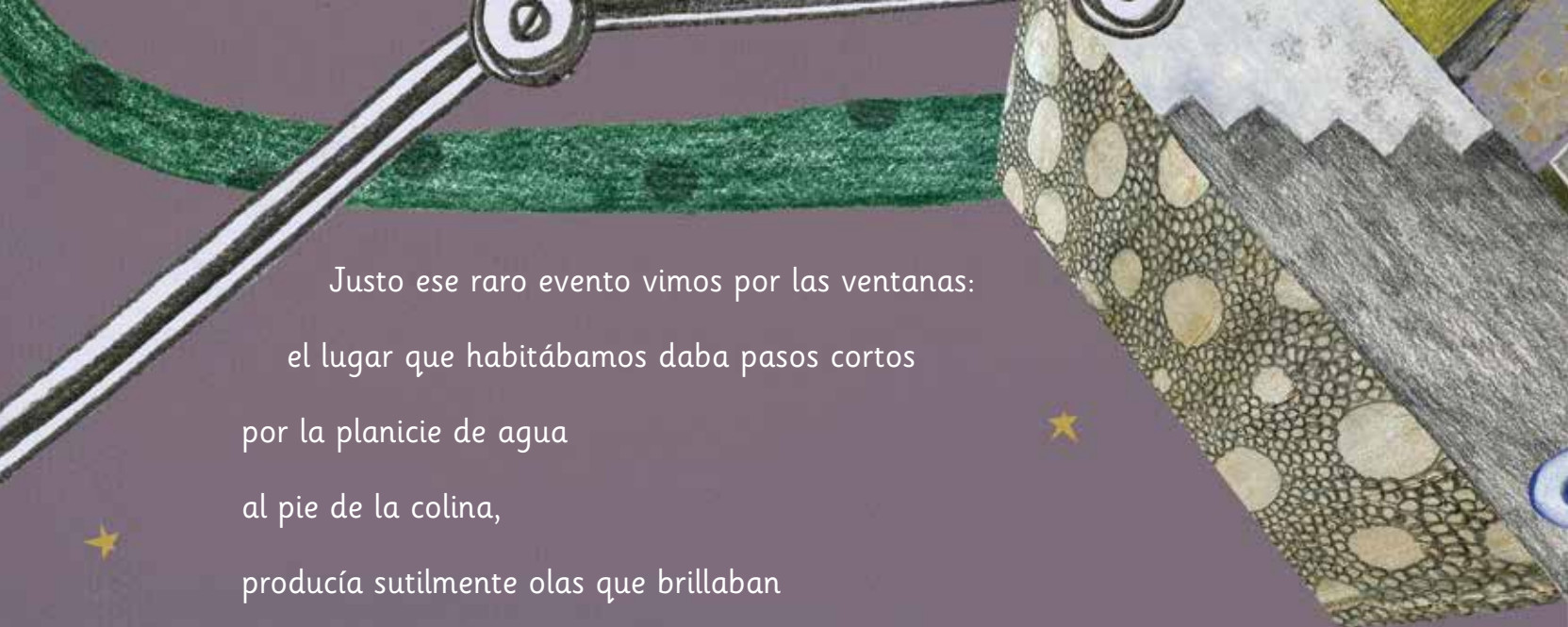
Esto entendimos:

“¡El edificio tiene piernas mecánicas
y ahora camina!”.

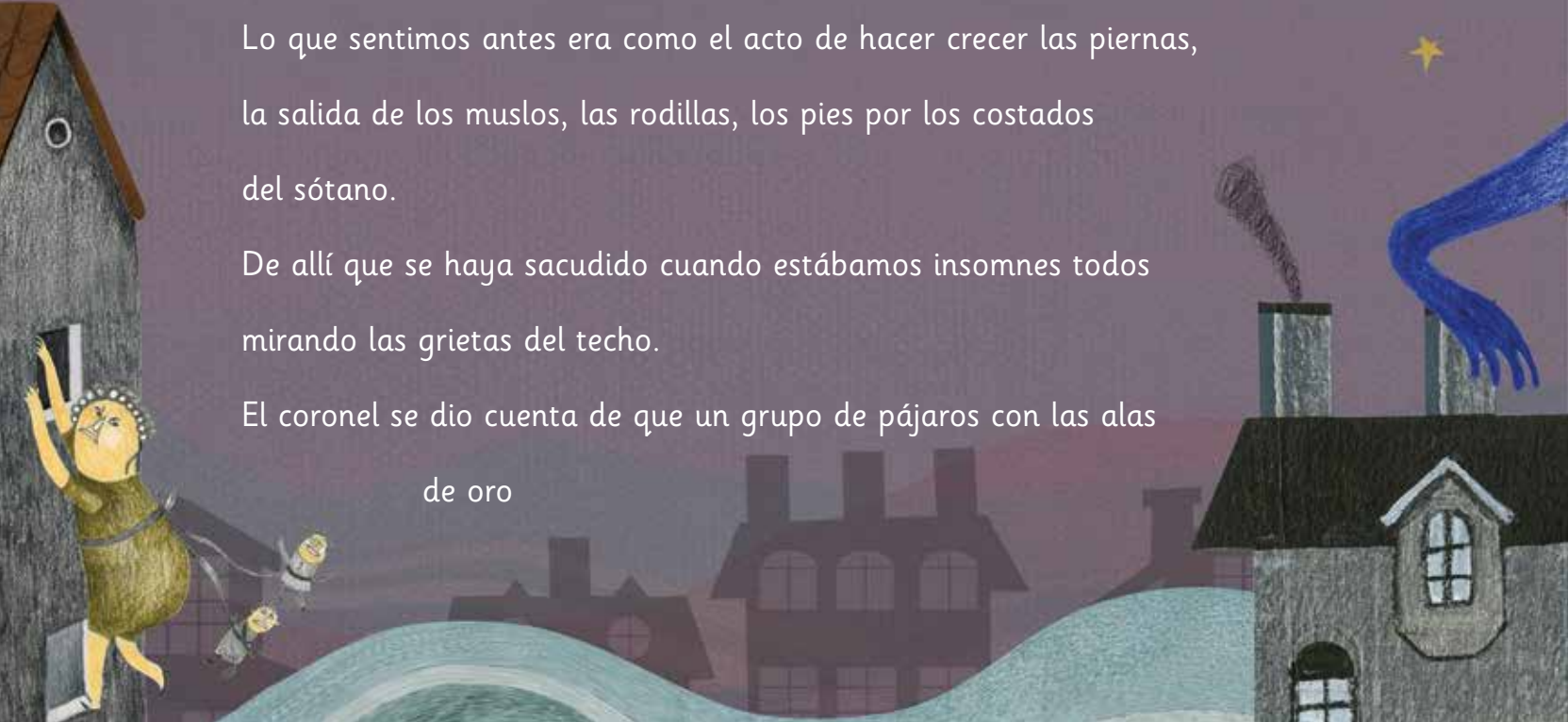






A large, dark mechanical arm with a circular joint extends from the top left towards the center. To its right is a stone wall with a pattern of yellow circles. The background is a dark purple night sky with several small yellow stars.

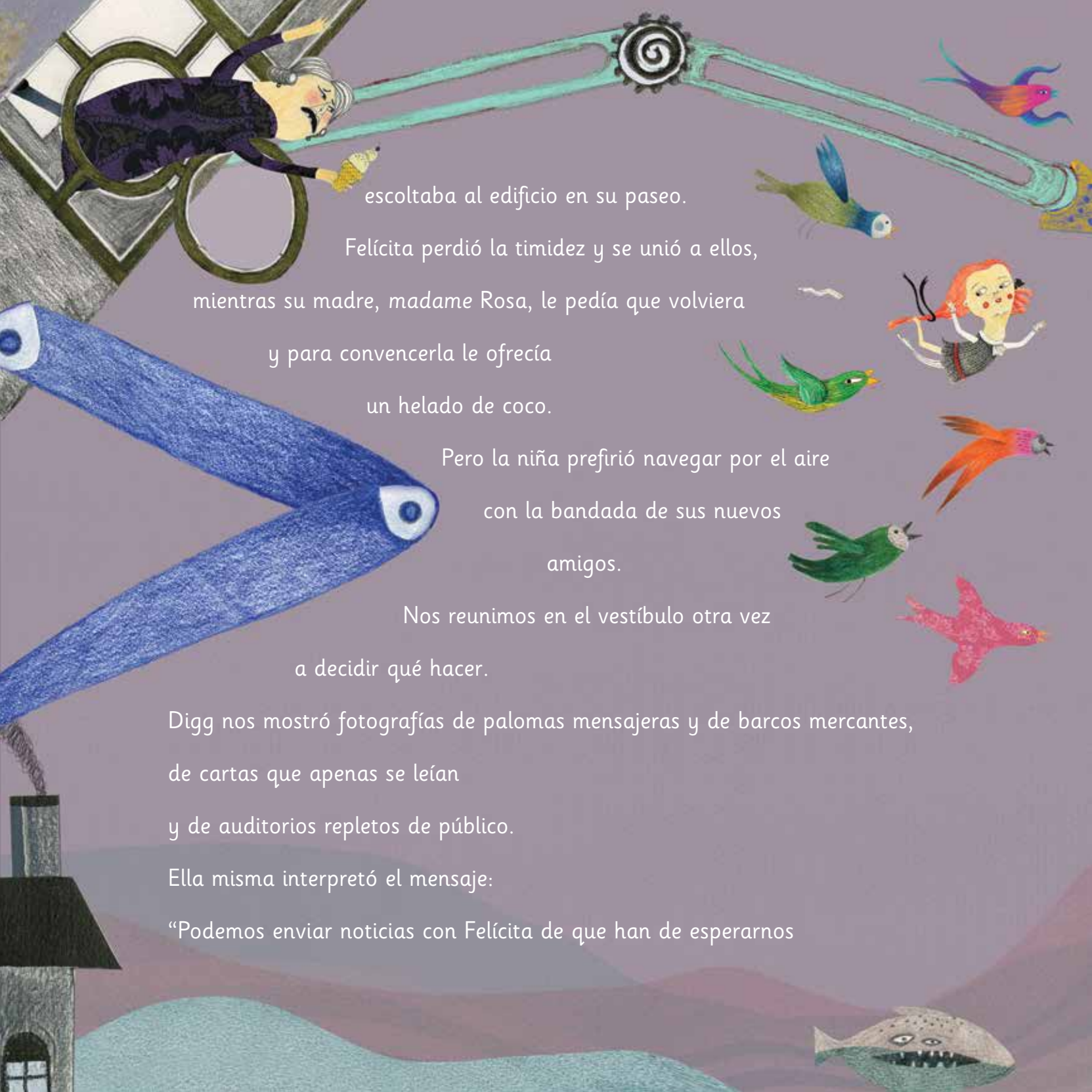
Justo ese raro evento vimos por las ventanas:
el lugar que habitábamos daba pasos cortos
por la planicie de agua
al pie de la colina,
producía sutilmente olas que brillaban
con la luz
discreta
de la luna.

A blue hand with long fingers reaches down from the right side. In the bottom left, a yellow figure with a crown and a green dress is climbing a grey house. The background shows a dark night sky with a few yellow stars and a silhouette of a town with houses and chimneys.

Lo que sentimos antes era como el acto de hacer crecer las piernas,
la salida de los muslos, las rodillas, los pies por los costados
del sótano.

De allí que se haya sacudido cuando estábamos insomnes todos
mirando las grietas del techo.

El coronel se dio cuenta de que un grupo de pájaros con las alas
de oro



escultaba al edificio en su paseo.

Felícita perdió la timidez y se unió a ellos,
mientras su madre, *madame Rosa*, le pedía que volviera
y para convencerla le ofrecía
un helado de coco.

Pero la niña prefirió navegar por el aire
con la bandada de sus nuevos
amigos.

Nos reunimos en el vestíbulo otra vez
a decidir qué hacer.

Digg nos mostró fotografías de palomas mensajeras y de barcos mercantes,
de cartas que apenas se leían
y de auditorios repletos de público.

Ella misma interpretó el mensaje:

“Podemos enviar noticias con Felícita de que han de esperarnos

porque viajamos en una especie de crucero.

Que alguien nos limpie un terreno,

la nueva ubicación

del edificio”.

Era un plan complicado.

¿Y si toda la Tierra era un océano?

¿Y si Felícita se desviaba y se iba a Australia?

Dylan se limitó a tocar una canción

hawaiana

con su ukelele armónico.

La familia Fantasma recordó que los zombis,


los hombres-lobo

y los vampiros y los resucitados

aprovechaban la oscuridad para atacar a los paseantes distraídos.

Esa historia les dio mucho miedo





y de tan blancos se pusieron más blancos todavía.
Yo dije que el edificio era obra de Lisandro Fantasma,
prestigioso arquitecto de bigotes,
lo que significaba que la construcción sabría adónde ir
en caso de problemas.

Había que esperar que alcanzara su destino.

Los ciclistas estuvieron de acuerdo conmigo;

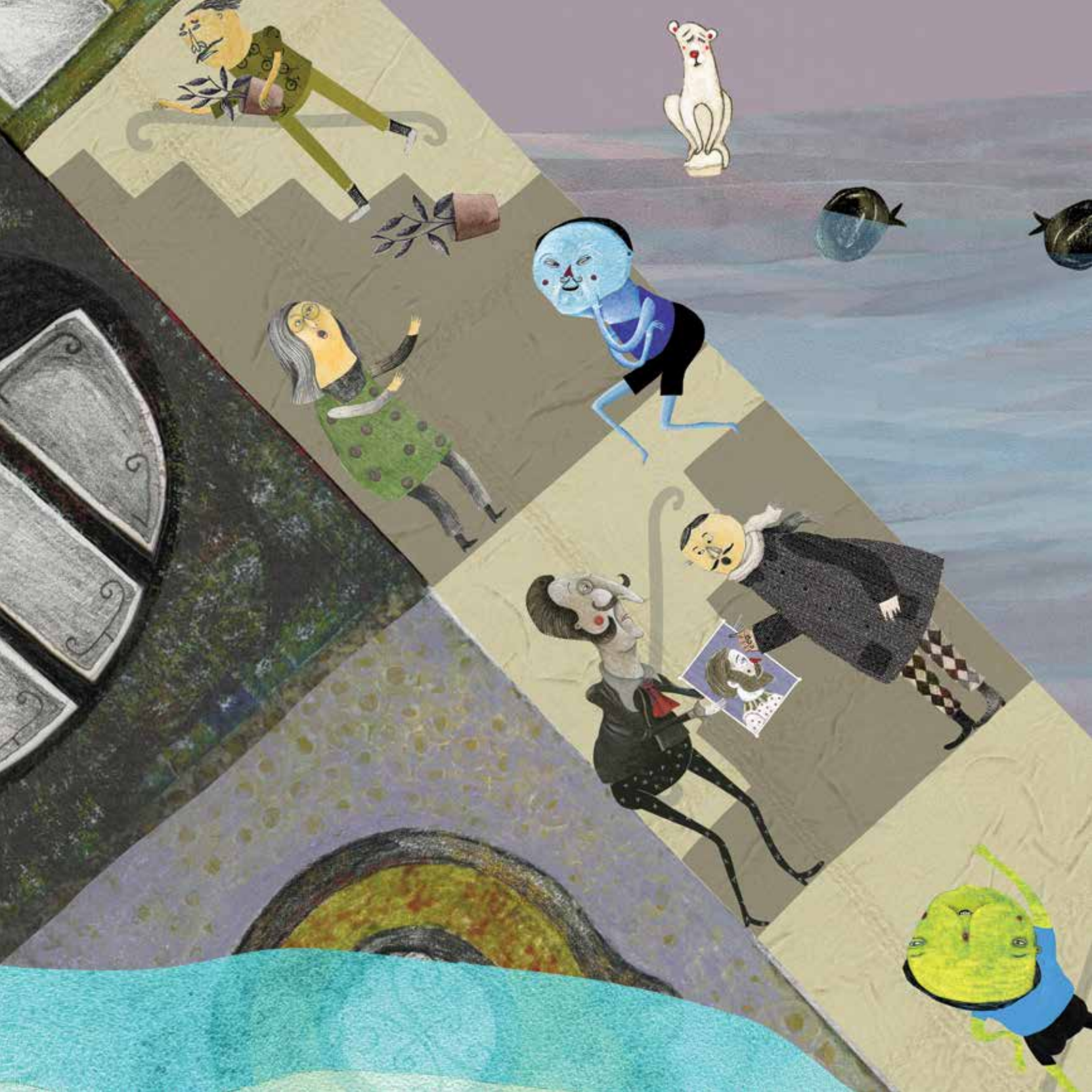
sin embargo,

ayudaron:


Pedalearon afuera por todos los costados
del edificio móvil.

No les costaba deslizarse en el agua
porque usaban bicicletas especiales
y movían los hombros con destreza.

Esa noche formaron mapas luminosos en esos ríos dormidos







para darle a la vivienda alternativas,
territorios donde podía asentarse
para siempre.

Era como decirle: “Quédate en esta Guatemala;
aquí en Nigeria; aquí en Corea del Sur;
en esta versión de Rusia;

en esta China acuática;
en la frontera oeste de esta nueva Finlandia;
acá en Haití, donde abundan las playas”.

Esto último no era tan loco, si se piensa con calma,
porque al salir del agua este edificio nuestro
podía querer vivir a la orilla

del agua,
cerca de las gaviotas,
y jugar con la arena.



Pero al fin y al cabo esos países que el montón de atletas
trazaba con las líneas plateadas de la luna
en el agua,
eran países de agua,
justamente.

Dylan seguro habría elegido una isla hawaiana.

Nos quedamos tranquilos mientras seguía el viaje
del edificio,
que no se cansaba.

Teníamos comida, por suerte, y medicinas y ropa limpia y juegos.

Digg organizaba sesiones de teatro
que grababa con una cámara japonesa moderna
y convertía en películas.



Así nos observábamos en detalle como estrellas de Hollywood.

La familia Fantasma no se atrevió a relatar

de nuevo

sus historias de horror,

porque llegaron a la conclusión de que era inconveniente

volverse más transparentes aún

de tanto miedo.

Madame Rosa se pasó el trayecto pegada a la ventana

vigilando a Felícita, su ángel de repentin

alas doradas

y

plumaje suave.

El coronel, a su vez, la vigilaba a ella.

A lo mejor estaba enamorado.

Cuando se relajaban,





los dos cantaban operetas francesas.

Yo,

por mi parte,

ordenaba los trastos de limpieza

por simple hábito.

Anduvimos dos semanas cruzando el mar océano

subidos a un excéntrico

edificio con piernas.

Los ciclistas entraban y salían como cuarenta Pedros

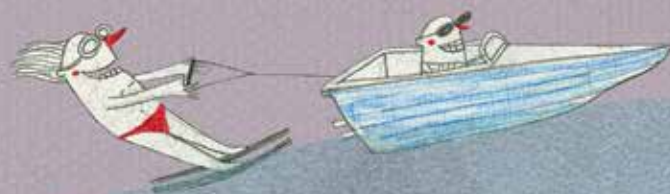
por una sola casa.

Descansaban y luego continuaban

dibujando mapas sobre el agua quieta.

Durante el recorrido vimos chimeneas trabajando sin pausa,

latas de aerosol en las vidrieras,



gasolina en las gasolineras,
fertilizantes, basura

(“y caspa y mal aliento”,
dijo un tasmano en broma)

y burbujas de plástico con gas invernadero.

Qué raro.

El edificio decidió que esos espacios tan contaminados
no eran los adecuados

y siguió,

hasta que por fin una mañana tempranito, en febrero,
se paró en un llano seco, de verde grama, de árboles altos
de flores amarillas,

sin chimeneas ni desechos riesgosos.



Se detuvo él solo, sin consejo de nadie,
como si hubiera visto con pupilas de vidrio

(las ventanas, quizá)

que era un lugar propicio.

Los ciclistas no pudieron notar que allí ya no estaba inundado
porque estaban durmiendo.

Dormíamos todos, en verdad, como niños seguros, bien nutridos.

Por alguna razón,

con la travesía se acabó el insomnio
en las habitaciones.

Salimos del sueño a contemplar que

la vieja planta baja

estaba a ras del suelo, no nadando,

y que las piernas de cemento que salían del sótano

se habían desvanecido







y que el sótano de nuevo estaba oculto bajo tierra,
no haciendo el papel de submarino.

El ukelele del perro salchicha Dylan sonó exótico,
como hawaiano.

Madame Rosa le propuso a su hija,

Felícita,

que pasara ratos en su cuarto, que comiera con ella
y luego, si quería, se juntara de nuevo
con las bandadas de pájaros vecinos.

Mi amiga aceptó el trato
porque en el aire no había helado de coco.

También amaba a su madre, obviamente.

Los Fantasma tuvieron oportunidad de broncearse
tumbados en la grama.



Se hicieron más visibles, por suerte.

El coronel con su monóculo registraba el avance de su coloración
y hasta llegó a decirles cuándo debían retirarse
de los rayos de sol.

“No vayan a insolarse”, comentó.

Digg se divertía usando diez sombreros por día
en sus expediciones por los alrededores.

Tomaba fotos de insectos,
de ardillas,

de búhos,

de montañas con nieve que ella misma inventaba.

Le encantaban los senderos sin barro.

Yo hacía helados de coco y limpiaba
con las escobas mejor conservadas.






A los meses nos dimos cuenta de que el cielo congelado volvía
a subir a su cielo.

Duraba meses allí, sin inundarnos,
y luego se transformaba en cielo azul celeste
y luego en cielo más verdoso,
floreado,
y luego en cielo intenso, veraniego.

No caía con peligro, como perlas diminutas de nieve
que ya no deseaban
ser nieve nunca más.

Cuando llovía, era lluvia normal,
con líneas verticales y húmedas
que hacen hoyos diminutos para las hormigas
y pozos más hondos para las serpientes
sin veneno.






No hubo para nosotros otras inundaciones
ni chimeneas, ni gases de invernadero, ni aerosoles.
Caspa a veces tuvimos, nada serio,
pero sobrevivimos.

Los Fantasma aprendieron a tocar el ukelele.
El coronel limpiaba los pisos enteros de todo el edificio
con mis escobas.

Yo construí escenarios de teatro
con cortinas prestadas.

Madame Rosa usaba monóculo para observar mejor
a los ciclistas, que llevaban sombreros
y se volvieron cantantes de ópera.

Dylan hacía largos paseos en triciclo
y tomaba fotografías en blanco y negro.





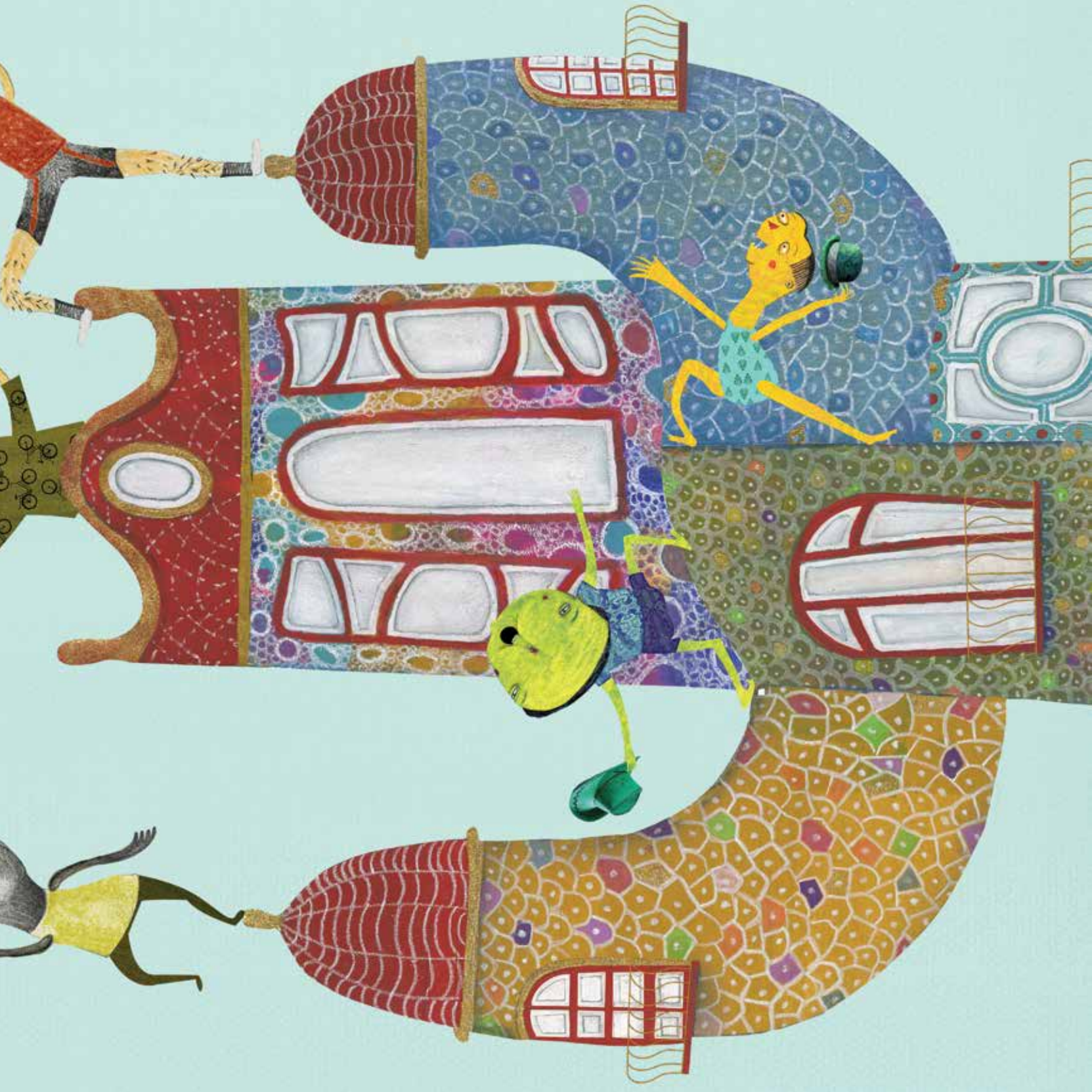


Digg se hizo hawaiana y se cosió
faldas de hojas
y estudió muchas danzas
que bailó para nosotros en teatros que ella misma formaba
con papel terciopelo.

(Siguió escribiendo poemas
que no nos enseñaba.)

El edificio se quedó muy tranquilo
con su sótano, su planta baja y con sus cinco pisos
y tal vez la nostalgia por los viajes.
Pero no volvió a caminar en busca de otros lares
porque supo que había hallado su espacio ideal, soñado
(si un edificio sueña)
en aquella explanada.


















Luis Moreno Villamediana (Maracaibo, Venezuela, 1966) es licenciado en letras hispánicas por la Universidad del Zulia, donde se desempeñó como profesor. Es poeta, traductor y crítico literario. Realizó estudios doctorales en literatura comparada en la Universidad de Louisiana (Estados Unidos). En la actualidad es profesor en la Universidad de los Andes.

Escribe la columna quincenal “Máquina Soltera” en el suplemento *Papel Literario* del diario *El Nacional* de Caracas.

Moreno Villamediana ha publicado *Mares que restan* (Ediluz, 1992), *Cantares digestos* (Mucuglifo, 1996), *Manual para los días críticos* (Pequeña Venecia, 2001), *En defensa del desgaste* (Mucuglifo, 2008), *Eme sin tilde* (Equinoccio, 2009) y *Laphrase* (Equinoccio, 2012).

En 1992 obtuvo el Premio de Poesía de la Bienal “José Rafael Pocaterra”; en 1997, el Premio Internacional de Poesía “Pérez Bonalde”; en 2011, el de Poesía “Eugenio Montejo”, y, ese mismo año, el Premio Nacional de Cuentos “Guillermo Meneses”.



Irma Bastida Herrera disfruta interpretando textos con imágenes. Ha ilustrado libros del Instituto Mexiquense de Cultura; asimismo, colabora como ilustradora en el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la Secretaría de Educación Pública, Castillo, Norma, Amaquemecan y Libros para Imaginar. En 2013 fue premiada con la Golden Apple de la Bienal de Ilustración de Bratislava. (Parte de su obra se encuentra en <http://ibasther.blogspot.com>).

Rocío Solís Cuevas es egresada de la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y del diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración (2013). Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Consejo Estatal de Población del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Entre sus trabajos como ilustradora figuran la *Guía infantil del Museo Nacional del Virreinato*, *Gregoria la Grande*, *Globos gallinas botones*, *Diario garabato*, *Entre monstruos* y *Rostros de la lectura*.





El edificio fantasma

de Luis Moreno Villamediana, se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Armando Rodríguez Rodríguez, ubicados en Avenida 519 núm. 199, en San Juan de Aragón, primera sección, delegación Gustavo A. Madero, C.P. 07969, en México, D.F. El tiraje consta de dos mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Sassoon Infant*, de Rosemary Sassoon. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Rocío Solís Cuevas. Formación y portada: Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez y el autor. Supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Editor responsable: Félix Suárez.

